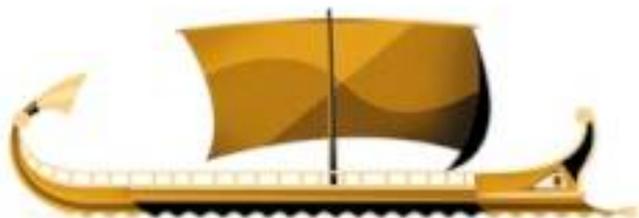


CARLOS GARCÍA GUAL



GRECIA

PARA

TODOS




ESPASA



Índice

Portada

Sinopsis

PRÓLOGO. LA GRECIA ACTUAL Y LA ANTIGUA GRECIA

BREVE NOTA CRONOLÓGICA

I. TRAZOS PARA UNA PRIMERA IMAGEN

El olivo

El mar

El vino

La admiración y la verdad

La lengua griega. Breve recorrido histórico

II. APUNTES SOBRE LA HISTORIA DE GRECIA

El tiempo de los héroes y la época arcaica

Auge y ocaso de la Atenas democrática

El mundo helenístico. La búsqueda de la felicidad individual

III. MITOS Y TRADICIÓN LITERARIA

Del mito a los poemas homéricos. Ilíada y Odisea

La poesía lírica

El teatro griego. Tragedias y comedias

La invención del relato histórico

Géneros en prosa de la época helenística

Filosofía y saberes científicos

IV. TRADICIÓN Y PERVIVENCIA

Religión, mitología y literatura

El arte griego

Renacimiento y Humanismo

EPÍLOGO. ¿Por qué Grecia?

GLOSARIO DE TÉRMINOS GRIEGOS

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

CARLOS GARCÍA GUAL

GRECIA PARA TODOS



La civilización griega dejó un importante legado entre nosotros, aunque muchas veces ignoramos su procedencia. En un tono ameno y accesible, Carlos García Gual cuenta cómo nació la civilización griega, la rivalidad entre Atenas y Esparta, las luchas por la hegemonía en el Mediterráneo, el desarrollo de la polis y la democracia, del pensamiento y la filosofía, de las ciencias y las matemáticas; el arte griego, las relaciones sociales y familiares, la mitología, la literatura, etc.

En estas páginas descubrimos aquellas cosas en las que los griegos fueron pioneros y que aún perduran entre nosotros, con sus semejanzas y diferencias, incluso en las palabras con que las nombramos: democracia, olimpiadas, filosofía, historia, teología, etc.

PRÓLOGO

LA GRECIA ACTUAL Y LA ANTIGUA GRECIA

Estas páginas quieren ser una invitación a un viaje imaginario y sentimental, es decir, no se trata de ofrecer una breve guía turística de la actual República Helénica, que, como España, es un país miembro de la Unión Europea, y desde luego una nación que ofrece numerosos encantos para su visita, sino de esa Grecia esencial en la Historia de Occidente, un país un tanto al margen de los tiempos, pero muy bien dibujado en la memoria. La Grecia antigua, que, sorprendentemente, aún puede resultar próxima y familiar en muchos aspectos, esa Grecia que persiste muy viva en variadas imágenes del arte y la cultura, que pervive latente en muchísimos términos de nuestra lengua y que ha orientado con audaz impulso nuestros modos de pensar y estar en el mundo.

La afirmación de P. B. Shelley de que «todos somos griegos» acaso pueda parecernos hoy una frase exagerada de un poeta romántico e ilustrado, entusiasta y fascinado ante el redescubrimiento en su tiempo del mundo helénico. Pero, si nos paramos a pensar en ello, podemos ver que aún tenemos mucho de los antiguos griegos en nuestra manera de pensar y enfocar el mundo, un enraizamiento cultural evidente. Todavía percibimos ese aire familiar de lo griego de un modo consciente, y otras veces sin advertirlo. Un ejemplo superficial, pero muy significativo, se ve atestiguado en el uso de tantas y tantas palabras de origen griego, unas heredadas y en ocasiones pasadas antes al latín, y

otras muchísimas más modernas, compuestas sobre términos griegos (como, por ejemplo, *nostalgia*, *utopía*, *teléfono*, *cinematógrafo*, *cardiopatía*, etc.). Y, en el terreno de las artes plásticas, visitando los fondos antiguos de los grandes museos de arte de muchas ciudades de Europa.

El acercamiento requiere, desde luego, empezar por recordar la imagen de Grecia en la geografía mediterránea, su marco esencial y perdurable, de antaño y de ahora. Lo que los griegos llamaban la Hélade, la península más oriental de las tres del Mediterráneo, sigue siendo la Grecia de ayer y de hoy, un país de costas muy recortadas y de interior muy abrupto, pero que cuenta con numerosas islas en el Egeo y el Jónico (o Adriático). Casi el 80 % es zona montañosa y ningún lugar de Grecia dista más de 90 kilómetros de la costa. La extensión de la península es de unos 130 000 kilómetros cuadrados, y, contando las islas, Grecia tiene unos 145 000.

Es cierto que ya en un primer vistazo al mapa es fácil advertir ciertos cambios entre el antiguo territorio poblado por griegos y el actual, cambios muy significativos que reflejan los conflictos de una agitada historia de siglos que ha dejado sus marcas en el mapa de la Grecia de hoy. Los griegos que, hace unos tres mil años, colonizaron las costas de Asia Menor fueron expulsados en el primer tercio del siglo XX de esa zona que hoy pertenece a Turquía. Pero otros se han mantenido en casi todas las islas del mar que rodea Grecia, desde la larga Creta, al sur, hasta Lesbos, en el Egeo, y Corfú, en el mar Jónico, superando los avatares de la Historia. Ya no hay población griega en la zona costera de Asia Menor, donde en la época arcaica florecieron ciudades de gran renombre en la historia de la civilización y la cultura, como Mileto, Éfeso o Esmirna, entre otras. Y quedan pocos griegos en la ciudad de Bizancio o Constantinopla, al borde de dos mares y dos continentes, espléndida capital del Imperio romano de oriente y después del bizantino más de mil años, ahora ya con el nombre turco de Estambul, esa populosa metrópolis que fue luego cuatro siglos más la capital del Imperio turco y hoy sigue siendo una

muy hermosa ciudad turca que se extiende a ambos lados del Bósforo.



La situación geográfica de Grecia, colocada en los bordes orientales del sur de Europa, frente a los límites occidentales de Asia Menor, y la ya mencionada configuración montañosa y la angulosa extensión de sus costas han marcado definitivamente el destino histórico de los griegos. Grecia está orientada al mar que la rodea, ese mar Egeo, con sus islas pobladas por griegos desde muy antiguo, sur-

cado por barcos griegos desde tiempos homéricos, ese mar abierto que fue camino inmenso para la colonización griega del Mediterráneo.

Y, de otro lado, el predominio de las zonas montañosas en el interior peninsular siempre propició la fragmentación de la Hélade en numerosas comunidades políticas, circunstancia que caracteriza la historia de la época arcaica y clásica. También esa condición áspera y pedregosa de las tierras, con solo un 20 % del suelo cultivable, favoreció la marcha de sus habitantes en busca de campos más fértiles. De ahí que Grecia fuera desde siempre un país de emigrantes y aventureros marinos. Es decir, los griegos estaban unidos por la cultura, la religión y la lengua común (con algunas variantes dialectales), pero, sin embargo, la Grecia antigua no logró una unidad política hasta la época posclásica, en la que las antiguas ciudades, las *poleis*, orgullosas de su autonomía, la perdieron al ser vencidas y sometidas primero por los ejércitos macedonios y, definitivamente, por los romanos.

Tal vez sea oportuno, al comenzar este recorrido por el mundo griego, recordar esa importante fragmentación de la Grecia antigua, citando unas líneas del historiador M. I. Finley, en su libro *El mundo de Odiseo*:

En cierto sentido los antiguos griegos fueron siempre un pueblo dividido. Llegaron al mundo mediterráneo en pequeños grupos, e incluso cuando se asentaron y finalmente llegaron a sus dominios, permanecieron desunidos en su organización política. En tiempos de Heródoto, y durante muchos años antes, había colonias griegas no solo en el área de la Hélade moderna, sino así mismo a lo largo de las costas del mar Negro, en lo que ahora es Turquía, en la Italia meridional y Sicilia oriental, en las costas del Norte de África y en el litoral de la Francia meridional. Dentro de esta elipse, de unos dos mil cuatrocientos kilómetros de extremo a extremo, había cientos y cientos de comunidades, con frecuencia diferentes en su estructura política y tenaces siempre en destacar sus soberanías respectivas. Nunca en el antiguo mundo fue aquello una nación, un único territorio nacional unido bajo un gobierno soberano llamado Grecia.

Ciertamente así fue, pero a la vez hay que subrayar que los griegos tuvieron una cultura y una religión y una lengua común, una comunidad sustancial de mitos y ritos que caracteriza a la civilización helénica, desde la época micénica al helenismo tardío, y que resalta por encima de esa fragmentación y división política y geográfica.

Y es esa evidente unidad cultural y espiritual lo que nos permite tratar a los griegos como un conjunto armónico, más allá de las variantes locales y dialectales.

Es curioso advertir que los términos *Grecia* y *griegos* proceden ambos del latín. Los griegos no se llamaban a sí mismos *griegos*, sino *helenos* (*hélmenes*), y denominaban a su país la Hélade (*Hellás*). Los *graikoí* (o, en latín, *graeci*) eran una tribu helénica del noroeste de Grecia. Es decir, fueron los primeros pobladores de la península con que se toparon los latinos. Luego, a partir de la época en que Grecia quedó integrada en el Imperio romano de oriente, los súbditos imperiales se llamaron a sí mismos *romanos* (es decir, *romaiói*) y la Greciamedieval adoptó el nombre de *Romiosyne* (*Romanidad*), que oponía su imagen no solo a la de los bárbaros, sino también a la de los antiguos helenos paganos. La *Romiosíni* era la Grecia cristiana, con su capital en Constantinopla, y se distinguía con ese título de Romanidad del clásico y antiguo Hellenismo (*Hellenismós*). Los *romaiói* (pronúnciese *romií*) se distanciaban de los *hélmenes*, gente pagana de tiempos antiguos, de prestigio atestiguado por famosas ruinas. Hoy día, con el auge del turismo y la estimación renovada del mundo clásico y los notables progresos de la arqueología en todo el ámbito griego, de nuevo se han impuesto los términos de *Hellás* y *Hellenismós*. Es decir: HélédeyHelenismo.

En estas breves líneas preliminares, quisiera advertir sobre el propósito de esta obra, que pretende sugerir un acercamiento a la antigua Grecia no demasiado académico, sino a modo de ensayo didáctico de lectura fácil, que combine los numerosos y precisos datos históricos con ciertas notas personales. Por eso, como el lector verá, el libro comienza con unos ligeros apuntes sobre rasgos o trazos ca-

racterísticos de esa Grecia antigua, un tanto intemporal, tan lejana y tan próxima en muchos aspectos. Luego, en un segundo tramo, realizo un recorrido rápido por la historia de Grecia (desde el mundo homérico a la época helenística, con su claro centro en la Atenas clásica), mientras que en el tercero y en el cuarto destaco los más notables logros culturales de ese mundo helénico y la influencia y pervivencia de los mismos en la tradición europea. Se observará que algunos temas o personajes aparecen tanto en la parte III como en la IV, pero esas repeticiones se justifican bien, creo, por el contexto diferenciado, según predomine el enfoque histórico o literario. (Ese es el caso, por ejemplo, al tratar del teatro o de Platón y Aristóteles).

He pretendido evitar la erudición y he limitado las citas de otros autores, aunque he incluido algunas que me parecían muy acertadas y de fina precisión. Y, de paso, me permitían recomendar y sugerir la ampliación del texto o pasaje en cuestión acudiendo a los libros citados en la escueta nota bibliográfica final.

BREVE NOTA CRONOLÓGICA

4500-2000 a. C. Ya en el Neolítico, y sobre todo en su última fase, la del período llamado Heládico Antiguo, la península estuvo bastante poblada. Se han excavado yacimientos importantes, como los de Dímni (Tesalia) y Lerna (golfo de Nauplia).

2000-1580 a. C. Llegada de los griegos (jonios, aqueos, dorios), pueblo indoeuropeo procedente del norte que domina toda la península y las islas y se mezcla con la población anterior, los llamados *pelasgos*. Imponen su lengua, su cultura y sus dioses, y adoptan los cultivos de la vid y el olivo mediterráneos y el arte de navegar.

1580-1100 a. C. Período micénico. Expansión económica y poderío militar. Se construyen palacios con fuertes murallas en Micenas, Tirinto, Atenas, Pilos. Al conquistar Creta los griegos acaban con el poderío y la cultura minoica (hacia 1400 a. C.). Los mitos guardan ecos de sus expediciones bélicas (como la guerra de Tebas, la conquista de Troya, etc.). Parece ya fijado el panteón de los dioses olímpicos y hay huellas de cultos heroicos. El período concluye de modo catastrófico: los grandes muros y los palacios son arrasados, cae en el olvido el sistema de escritura de los archivos, los núcleos urbanos se eclipsan. Antiguamente se atribuía este derrumbe violento a la invasión de los dorios, invasión dudosa; hoy se prefiere pensar en la coincidencia de varios factores como causa de la destrucción.

1100-750 a. C. En estos siglos, a veces llamados la «época oscura», por la ausencia de escritura, se va recomponiendo progresivamente la sociedad griega. Van surgiendo, en lugar de los antiguos palacios, poblamientos que son núcleos de nuevas ciudades, es decir, las *poleis*. La polis es una comunidad cívica que se caracteriza por su independencia y se rige con leyes propias, ya sin reyes y, en un principio, con gobiernos aristocráticos. Se desarrolla el comercio y aparece la poesía épica oral, relacionada con cultos heroicos. Es también en este momento cuando comienza la colonización griega del Mediterráneo. Y se difunde, entre los siglos IX y VIII a. C., un nuevo instrumento de progreso: el alfabeto griego. (Es una versión mejorada del sistema de escritura fenicio; los griegos inventan los signos para notar las vocales). En ese siglo VIII a. C. aparecen —y más adelante se ponen por escrito— los dos grandes poemas atribuidos a Homero, la *Ilíada* y la *Odisea*. Hesíodo, el segundo poeta épico, compone poco después su *Teogonía* y *Los Trabajos y los Días*.

750-500 a. C. Época arcaica. Vienen dos siglos de progreso y, a la vez, de gran agitación social en las ciudades. Junto a la consolidación de los grupos políticos y el aumento de las colonias, la introducción de la moneda (inventada tal vez en la rica zona de Lidia) significa una notable revolución económica: los aristócratas de viejo cuño se ven ahora desplazados por los comerciantes enriquecidos y el pueblo reclama leyes más justas. Las crisis sociales, sobre todo en ciudades como Atenas, Corinto o Mileto, propician la aparición de legisladores que calmen los enfrentamientos o de audaces tiranos que impongan un nuevo orden, más favorable al pueblo, y contengan a los viejos oligarcas. En la Atenas del siglo VI a. C. Solón y Pisístrato son dos claros ejemplos de lo uno y lo otro. Finalizado este período, hay también otro elemento decisivo: la formación del ejército hoplítico, que cambia el arte de la guerra y favorecerá los avances de la democracia. A final de siglo se destacan entre las ciudades las dos cuya pujanza y pronta rivalidad re-

sultarán decisivas para el destino helénico: la democrática Atenas, en el Ática, y Esparta, en el centro del Peloponeso. Esparta, con su rígida disciplina doria, mantiene un sistema político singular que otorga el poder a una casta de ciudadanos formados para la guerra, y sigue anquilosada en su empeño de mantener su supremacía bélica, mientras que Atenas, con espíritu democrático y progresista, logra convertirse una ciudad de gran atractivo comercial y cultural en el centro de Grecia.

500-400 a. C. El siglo V a. C. es la época del esplendor ateniense. Comienza con la doble victoria de sus ciudadanos contra los persas, primero en la batalla terrestre de Maratón (490 a. C.) y luego en la naval ante la costa de Salamina (480 a. C.). En ambos casos Atenas se cubrió de gloria como esforzada y audaz salvadora de la libertad frente a los bárbaros invasores. Con su gran puerto del Pireo y su gran flota, se convirtió en la metrópolis de la amplia Liga Délica, que asoció a todas las ciudades e islas del Egeo en un imperio marítimo. Pero el siglo concluye, de manera trágica, con la derrota de Atenas, tras la muy larga guerra de casi treinta años contra Esparta, en la batalla de Egospótamos (en 404 a. C.). Entre uno y otro enfrentamiento queda el período más brillante de la Atenas democrática, la llamada «época de Pericles». Al apogeo económico se unió el cultural. En esos cincuenta años se edificaron el Partenón y los Propíleos, a Atenas llegaron prestigiosos sofistas y artistas procedentes de todo el mundo helénico y en su teatro, consagrado al dios Dioniso, se representaron año tras año espléndidas tragedias y comedias.

Esparta, al frente de la Liga del Peloponeso y con ayuda económica y naval persa, logró la victoria final tras el largo y desastroso conflicto bélico; destruyó los muros de la derrotada Atenas e intentó establecer allí un gobierno títere, el llamado «de los Treinta Tiranos». No obstante, derribado pronto, Atenas recuperó su democracia y animosamente se repuso de la catastrófica derrota.